

LOS NIÑOS INVISIBLES

Daniela Becerra

Estudiante de la Especialización en Escrituras Creativas

La rabia le recorría las venas, corroyéndolas como ácido y envenenándole la mente con un sinfín de groserías para sus compañeros de equipo, pero sobre todo para el técnico. Apretó los puños hundiendo las uñas contra su piel en pequeñas medias lunas. Lo único que podía concluir de la charla que había tenido con el entrenador Martínez, era que todo esto era una completa estupidez. —*Soy el mejor de todos*—, pensó con irritación, avanzando a pasos apresurados hacia la cancha de fútbol del colegio. —*Sin mí no habrían llegado a las finales. Son unos imbéciles*—.

Cuando Martínez lo había llamado para hablar con él, Joaquín había estado esperando que lo nombraran capitán del equipo. Había sangrado, sudado y llorado para llegar a ese logro. Pero en lugar de eso, su entrenador le dijo que no sabía jugar en conjunto y que por eso estaría en la banca en el próximo partido. En su afán de confrontarlo, había dejado su maleta en las graderías.

El latón de los escalones hizo resonar sus pisadas fuertes y llenas de rabia. El viento le acarició la piel y jugueteó con sus crespos mientras el sol empezaba a perder intensidad y las sombras se alargaban por la grama de la cancha, lentamente apoderándose de todo a su alrededor.

—**Ya quisiera López ser tan rápido como yo**— masculló. —**Pff y ni hablar del bruto de Oscar, ni sé cómo sigue en el equipo. Pero no, ahora resulta que el problema soy yo**—.

La ira lo consumía por completo, casi con la misma velocidad con la que las nubes oscuras empezaban a tapar el sol. Tomó su maleta del suelo con un jalón violento y escuchó unas risillas agudas resonando a sus espaldas. Dio un respingo y volteó rápidamente; sus ojos buscaron entre las escaleras para encontrar el origen del ruido.

—**Esteban, no tengo tiempo para tus juegos estúpidos**—, dijo, entrecerrando los ojos y esperando a que su compañero de equipo saliera de su escondite. —**Debes estar feliz de que me dejaran en el banco**—. Pero antes de poder terminar la acusación, las risas se escucharon a

su lado izquierdo, esta vez acompañadas de rápidas y fugaces pisadas que hicieron sonar el latón de las graderías. Giró sobre sus talones y el corazón le dio un brinco hasta la garganta. No había nadie más con él en las gradas, pero estaba seguro de haber escuchado algo. La respiración se le aceleró.

—Oigan, nada de esto es chistoso, no estoy para sus juegos— continuó. El resto de las palabras murieron en su boca al sentir que algo le rozaba la espalda. El movimiento fue leve, pero lo suficientemente significativo para que lo sintiera. Se dio la vuelta, uno de sus tobillos se dobló dolorosamente y antes de entender lo que sucedía, se precipitó escaleras abajo mientras se cubría la cara con los brazos.

Rebotó una, dos y tres veces antes de llegar al fondo de las gradas y el último golpe lo sintió contra su hombro y la parte de atrás de su cabeza. Joaquín quedó tendido en el piso frío de metal, los párpados se le movieron unas cuantas veces, su cerebro trató de enfocar lo que había a su alrededor, pero el golpe aún le silbaba en el cráneo. Finalmente, la oscuridad se adueñó de su ser y todo se desintegró a su alrededor.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando por fin abrió los ojos con dificultad. El color naranja y amarillento del atardecer los recibió cálidamente, pero volvió a cerrar los ojos, el dolor de cabeza le apretaba hasta los pensamientos.

—¿Estás bien?— la pregunta vino acompañada del suave toque de una manito fría contra su cara.

Joaquín abrió los ojos de un tiro. Las imágenes a su alrededor tardaron unos segundos en adquirir sus formas una vez más, pero al hacerlo distinguió la figura de un niño pequeño acucillado a su lado.

—¿Quién eres tú?— preguntó. Tenía la garganta seca.





—**Creo que está bien**— dijo el niño, mirando sobre su hombro hacia atrás.

Joaquín se incorporó con velocidad sobre sus codos y siguió la mirada del pequeño. Para su sorpresa había un grupo de niños de pie a unos cuantos metros de él; todos llevaban un uniforme negro de fútbol.

—**¿Qué están haciendo aquí?**— preguntó. —**Está muy tarde para que estén solos**—.

En lugar de responderle, una ola de comentarios se desató entre los niños:

—**Mario, pregúntale**— dijo uno de ellos.

—**Sí, Mario, pregúntale**— era la voz aguda de otro.

—**Apúrate**— rogó otro de los niños. El temblor en su voz hizo que Joaquín frunciera el ceño.

—**Mario, rápido que ya casi viene**—

aquella última voz parecía al borde del llanto.

Sacudió la cabeza. Las plegarias de los niños sonaban cada vez más preocupantes.

—**¿Preguntarme qué?**— dijo. El golpe que se había dado le hizo sentir una descarga de dolor. Hizo una mueca y continuó. —**Está muy tarde, es peligroso que estén solos aquí. Tienen que irse**—.

—**No podemos**— dijo el primer niño, Mario.

—**¿Cómo qué no?**— contestó, llevándose una mano a la cabeza. — Miren, no sé a qué juegan, pero yo ya me tengo que ir—, Se puso de pie con dificultad.

—**¡No! ¡Por favor no!**— chilló un niño de tez oscura, dando un paso hacia adelante. —Ayúdanos.

—**¿De qué carajo están hablando? ¿Están perdidos?**— reviró. La paciencia iba desapareciendo.

—**No**— contestó Mario, sacudiendo la cabeza. —**Pero él no nos deja ir**—.

Las palabras y la mirada asustada del niño, hicieron que a Joaquín se le congelara la sangre. Miró a Mario y luego a los otros niños porque algo en ellos se veía fuera de lugar: la forma en la que hablaban, el uniforme que usaban.

—**¿Quién no los deja ir?**

Los niños se miraron entre ellos, algunos bajaron la mirada. Mario los observó sobre su hombro y luego volvió a enfocarse en Joaquín.

—**El entrenador Sánchez**— susurró Mario. —**No nos deja irnos**.

—**Bueno, pues no los puede obligar a quedarse. Tienen que volver a sus casas.**

—**Esta es nuestra casa**—respondió el niño, encogiendo los hombros.

—**Al menos desde el accidente.**

—¿Qué accidente? — preguntó Joaquín, sintiéndose como un idiota frente a un montón de niños.

El silencio que cayó entre ellos le puso los pelos de punta. Paseó la mirada entre todos ellos, se veían bastante pálidos a pesar de que era una noche cálida. Fue entonces cuando notó que los niños llevaban puesto un uniforme de fútbol viejo del colegio, pero sobre todo en sus camisetas se leía el nombre **Las Liebres**. El aire en su pecho se petrificó, haciéndole imposible respirar mientras trastabillaba hacia atrás.

—**¿De dónde sacaste ese uniforme?**— le preguntó a Mario. Ninguno de los equipos se llama así desde...

—**El accidente**— dijo el niño de la piel oscura.

El corazón de Joaquín se aceleró con pánico en su pecho. Las Liebres habían sido uno de los equipos de fútbol infantil de su colegio hace muchos años, pero camino a un partido en otro departamento, el avión había tenido una falla y todos habían fallecido.

—**No sé qué juego enfermo están jugando pero...**

—**Manada de imbéciles, ¿qué están haciendo ahí?**

La voz ronca le dio fin a su conversación con los niños, pero intensificó la incomodidad y el miedo que ya sentía. —*¿Qué está pasando?* —,

“Fue entonces cuando notó que los niños llevaban

puesto un uniforme de fútbol viejo del colegio”

pensó. Los niños se volvieron hacia la voz y sus expresiones de ansiedad se transformaron en miedo. Incluso Mario pareció encogerse ante la nueva presencia.

—Les dije que empezaran a calentar, pero veo que siguen siendo unos perezosos.

Volvió la mirada hacia la cancha, por donde una figura alta y fornida caminaba hacia ellos; los moribundos rayos de sol parecían atravesarle la piel.

—Vayan a la cancha, a ver si algún día logran el objetivo que les puse—. El hombre se detuvo frente a las gradas y miró a Joaquín. **—¿Tú quién eres?** —, le preguntó.

—Nadie— dijo Mario apresurado. **—Solo vino a vernos.**

—¿A verlos a ustedes? Pero si son pésimos jugadores, ¿quién va a querer perder el tiempo viendo jugar a unos ineptos?

Joaquín no podía moverse y el corazón le latía con tanta fuerza que amenazaba con estallarle dentro del pecho. En innumerables ocasiones había visto fotos del entrenador Sánchez y también había oído decir que era tosco y agresivo, pero eso no era ni el comienzo de lo que este hombre, no, esta cosa, le inspiraba.

Los niños caminaron a su alrededor con sus cabezas bajas y pies ligeros. De las risillas que lo habían asustado ya no quedaba ni un rastro. Sánchez permaneció inmóvil, observándolo y haciendo que Joaquín se estremeciera y bajara la mirada. Tenía que salir de ahí, no tenía ni idea de lo que estaba pasando, todo podía ser producto del golpe que recibió su cabeza, pero lo que tenía claro era aquella voz en el fondo de su cerebro que le gritaba que se fuera a su casa.

El entrenador se dio la vuelta, se olvidó de su presencia y se dirigió a su equipo. Joaquín aprovechó y tomó su maleta casi corriendo para salir de la cancha cuanto antes. *—Nada de esto es real—*, se dijo. Pero a pesar de sus pasos firmes y rápidos, se detuvo cuando escuchó al entrenador gritando otra vez.

—¡Eres un fracasado, Lucas! ¡Deja de lloriquear!

Se quedó de pie con la espalda hacia los niños y apretando la maleta con fuerza.

—¡Eres tan estúpido que no sé cómo te soporto!— continuó gritando.

Joaquín se dio la vuelta. Desde donde se encontraba, podía ver cómo los niños corrían, pasándose la pelota entre ellos, una pelota que al igual que el equipo, se había materializado del aire mismo, de las sombras que ya se adueñaban del lugar. Vio como el chico de piel morena hacía saltar el balón con una facilidad que a él había tomado años perfeccionar. Mario corría como una gacela, esquivó a dos de sus compañeros. Sus movimientos eran casi líquidos, fluían con la facilidad que solo se adquiere después de conocer a su equipo a la perfección, tras años de confianza, de creer que juntos eran más fuertes que uno solo, algo que él sabía que le faltaba por aprender.

—**¡Mario no puedo creer que sigas siendo tan lento!**— gritó Sánchez. El pequeño se detuvo. —**¡Ven acá, estúpido!**—.

Nadie se movió.

—**¡Qué vengas imbécil!**

Mario dejó caer la cabeza y se dirigió hasta el entrenador con aire de derrota. Joaquín siguió sus movimientos con la mirada. El niño flaco, pálido y de pelo oscuro se detuvo frente a su técnico, encogió los hombros y ante la mirada y el espanto de los otros, Sánchez agarró su nuca con fuerza y le dio una sacudida, lanzándolo al suelo.

La maleta de Joaquín cayó al piso y sus piernas lo propulsaron por la cancha. Un grito lleno de rabia salió de sus labios:

—**¡Déjelo! ¡No lo toque!**

Mario alzó la mirada sorprendido. El resto de los niños contuvo un fantasmagórico aliento y una mirada de desconcierto cruzó la cara aplastada del entrenador.

—**¿Qué le pasa?**— acusó Joaquín, señalándolo. —**Es un niño, ¿no ve? ¡No tiene por qué hablarles así! ¡Ni por qué pegarles! ¿Qué le pasa?**

Por un instante Sánchez se sintió fuera de lugar, pero recuperó el control y su cara se contrajo en una mueca de ira. Joaquín no retrocedió.

—**Mira, idiota**— empezó Sánchez.

—**¡No!**— le gritó Joaquín. Un eco de sorpresa salió del grupo de niños que se acercaba a ellos. —**No voy a dejar que les hable así, ¿me oye?**

“ Desde donde se
encontraba, podía ver cómo

los niños corrían, pasándose la pelota entre ellos”

—**¿Y tú quién te crees que eres, mierdecilla?**— gruñó y dio un paso hacia adelante.

Con cada palabra se veía más aterrador, su aspecto normal ahora se llenaba de las heridas que su cara había recibido cuando el avión se estrelló contra la tierra.

—**Yo**— dudó un instante, pero su mente corría a una velocidad inexplicable. —**Yo soy el que los va a sacar de aquí. Los voy a llevar a casa.**

—**¿Ah, sí?**— respondió el técnico, con una risa ronca y sin gracia y llena de odio que retumbó por la cancha. Uno de los niños se tapó los ojos para evitar que lo viese llorar. —**¿Y cómo vas a hacer eso?**

—**Lo reto a que los deje ir**— Joaquín no supo de donde salieron aquellas palabras pero ya no podía echarse para atrás, un sentimiento de protección lo embriagó y lo impulsó a continuar. —**Lo reto a unos penales, imbécil, y cuando yo gane, me va a dejar irme con los niños.**

Sánchez alzó las cejas con diversión. —**Qué valiente**— se burló. —**Pero si gano yo, te tienes que quedar con nosotros.**

Joaquín se tensionó. Bajó la mirada a Mario, que seguía tirado en el piso y el niño negó con la cabeza: no vale la pena, decían sus ojos, vete, no te preocupes por nosotros. Pero si se iba ahora, solo confirmaría lo que su propio entrenador le había dicho esa misma tarde, lo que su equipo y él mismo sabían: que era un egoísta, que solo pensaba en su propia gloria y comodidad. —*Por eso no te quieren en el equipo*—, pensó. Apretó la mandíbula, una corriente de adrenalina le recorrió la espalda y alzó la mirada hacia Sánchez.

—**Yo nunca pierdo.**

Esas eran las palabras que lo habían llevado a ese preciso momento, a estar en la cancha con la portería a solo unos metros de él con el balón a sus pies. La ansiedad le recorría las venas, un sudor frío le bajaba por la nuca y se le escurría por la espalda y sus ojos permanecían fijos sobre Sánchez, que se encontraba de pie en la mitad de la portería.

—**He hecho esto mil veces**— susurró Joaquín. —**Respira**— se dijo. A pesar de que los penales eran una de sus especialidades, esta vez había algo en juego mucho más importante que solo perder o ganar un partido: esta vez se trataba de su vida. Cerró los ojos, tomó aire por la boca y se dijo una última vez: Respira.

El primer gol lo marcó con un coro de sorpresa por parte de los niños. El cuerpo de Joaquín estaba inundado de adrenalina, una corriente eléctrica que lo motivó. Asintió con una sonrisa y le dio paso a Sánchez para que tratara de vencerlo. Sin embargo, sintió el primer gol del técnico como una mano helada que le apretó el corazón, pero no podía darles paso a los pensamientos negativos, el partido debía continuar.

—**Esto no se acaba hasta el último lanzamiento**— se dijo, dándose ánimos mientras se posicionaba en la portería.

Después de varios disparos, solo quedaba un último tiro, el que definiría el futuro de él y de los niños, porque aventajaba por un penal a Sánchez. Si lograba evitar que el balón entrara en la portería, podría irse a casa: era ahora o nunca.

—**¡Apúrate!**— Grito Sánchez. —**No tengo toda la noche para esperarte, imbécil, ve el arco.**

Imbécil, la palabra resonó con fuerza en los pensamientos de Joaquín. Imbécil, inepto, perdedores, estúpidos y llorones; el sinfín de groserías que ese tipo lanzaba contra los niños alimentó su rabia como gasolina al fuego.

Joaquín les dirigió una mirada a los niños, que con la luz de la luna se veían aún más pálidos que cuando los conoció y parecía atravesar sus cuerpos, aquellos cuerpos etéreos y eternamente infantiles. Ellos le sonrieron, no querían esperanzarse, pero sus caritas fantasmales estaban llenas de orgullo, alivio y agradecimiento por lo que él estaba haciendo por ellos.

—**Yo nunca pierdo**— volvió a decir Joaquín.

Uno de los niños hizo sonar el silbato y Sánchez golpeó la pelota con todas las fuerzas de su cuerpo.

Un silencio se apoderó de la cancha y el aire se cargó de una intensidad eléctrica y arrolladora. Joaquín contenía su aliento con la boca semi abierta, pero antes de que pudiera empezar a comprender lo que había sucedido, un grito colectivo se elevó por el aire. Los niños saltaron de sus puestos gritando de emoción, unos se abrazaron y a otro le caían lágrimas de sus ojos oscuros. Todos empezaron a correr hacia Joaquín, que todavía se encontraba tumbado en el piso, abrazando el balón contra su pecho.

“... solo quedaba un
último tiro, el que

definiría el futuro de él y de los niños”

—**Lo logré**— susurró. Alzó la mirada a Sánchez, que lo observaba inmóvil desde su puesto. El joven soltó el balón y se puso de pie mientras los niños corrían hacia él. —**¡Lo logré!**— le gritó a su rival.

El frío lo envolvió cuando los niños llegaron a su lado y lo abrazaron. Se le erizó la piel, pero aún así se dejó embriagar por el sentimiento de triunfo y abrazó a los más cercanos a su cuerpo. Pero la pequeña celebración no duró mucho, un grito de rabia de Sánchez los sacó de su victoria e hizo que todos se encogieran alrededor de Joaquín.

—**¡Déjenlo, vengan para acá!**— avanzó hacia ellos con determinación y un aire de violencia que los hizo temblar a todos. —**Me deben todo a mí, estúpidos, no crean que voy a dejar que se vayan**—. Sus gritos salían de su cuerpo con potencia sobrehumana y las heridas del accidente marcaban su cara una vez más. —**No hay nadie esperándolos, son unos inútiles, me pertenecen a mí...**

—**¡Cállese!**— grito Joaquín. —**Usted perdió, cumpla lo que debe.**

—**Ellos me pertenecen**— dijo Sánchez, se dio un golpe en el pecho.

—**Ellos no son su propiedad**— escupió Joaquín, empujando a los niños un poco hacia atrás, escondiéndolos con su cuerpo. —**Son su equipo, usted debería cuidarlos y protegerlos pero es un patán. Un abusivo. Ellos no se van a quedar aquí con usted.**

—**Tú no vas a impedirme nada**— bramó Sánchez. Las heridas habían desaparecido. —**Ellos se quedan aquí...**

—**¡NO!**— la voz provenía del niño de tez oscura, que Joaquín después descubriría se llamaba Ángel.

—**¿Qué dijiste, estúpido?**— Sánchez dio un paso hacia adelante, pero él bloqueó su avance con su propio cuerpo. El frío empezaba a hacerse insoportable.

—**¡NO!**— gritó Ángel una vez más y algo en la cara del entrenador cambió.

—**¡NO!**— lanzó Mario también.

—**¡NO!**— disparó el chico de los bucles dorados.

Las heridas del accidente marcaron la cara de Sánchez nuevamente, sus ojos se oscurecieron y aquella potencia que exudaba empezó a menguar. Joaquín se quedó mirándolo unos segundos antes de gritar:

—**¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO!**

Los gritos ascendieron y cada voz que se sumaba a la de Joaquín, Ángel y Mario, provocaba que las heridas de Sánchez se pronunciaran más. El entrenador trataba de gritar sobre las voces de su equipo, pero ellos no le dieron chance. Las Liebres habían recuperado la confianza y también encontrado a un nuevo amigo. En Joaquín estaba la protección, era ya un miembro más del equipo.

El entrenador dio un paso vacilante hacia el grupo que gritaba, pero Joaquín estiró los brazos y le dio un fuerte empujón.

—**¡Aléjese de ellos!**— gritó mientras el coro de NO continuaba tras él.

Sánchez cayó hacia atrás, las heridas se veían putrefactas y grotescas. Abrió la boca, pero una ráfaga de viento los envolvió a todos y el ogro subnormal que era ese entrenador se despedazó ante ellos. Los niños miraban impactados el lugar donde antes había estado el entrenador. Joaquín se dio la vuelta hacia ellos y se quedaron mirándose entre todos.

—**¿Y ahora qué?**— preguntó Lucas.

—Se van— respondió Joaquín encogiendo los hombros.

—**Pero nunca hemos estado sin él**— explicó Mario. —**Ni siquiera podíamos salir de la cancha desde el accidente.**

—**No importa**— les contestó. No necesitan a nadie, ustedes son el equipo. Pueden ir a donde quieran.

Los niños se miraron entre ellos y luego dulcemente dijeron:

—**Gracias**—. Y fueron desapareciendo lentamente.

Joaquín se quedó de pie en la cancha vacía. El frío había sido reemplazado por un caluroso viento. Miró a su alrededor esperando escuchar las risillas pero no hubo ningún sonido excepto el de los grillos y las cigarras. El silencio fue tan abrumador que por un instante hubiera podido jurar que nada había pasado, que todo había sido parte de su imaginación y que aún se encontraba tendido en el piso de las graderías.

“Las Liebres habían recuperado la confianza y



Joaquín abrió el casillero de los vestidores. El resto de su equipo ya estaba en el calentamiento. Habían pasado tres semanas desde el encuentro con Las Liebres y Sánchez. Había investigado un poco sobre lo que les había pasado e incluso había regresado algunas noches para asegurarse de que no seguían ahí con aquel monstruo. No los había vuelto a ver y por ello sentía una especie de alivio, pero también decepción.

Desde el encuentro con los niños, se había empeñado en demostrar que podía jugar en equipo y era un cambio que siempre le agradecería a Las Liebres.

—**Al menos ya no están con él**— susurró y se puso de pie tras ponerse los guayos verdes.

De repente el eco de unas risillas resonó a sus espaldas. Joaquín se dio la vuelta sobre sus talones con rapidez, sus ojos buscaron en el vestidor, pero no había nadie más que él.

—**¿Hola?**— dijo, pero no hubo respuesta, solo el sonido de varios pies corriendo por el piso de cerámica.

Una sonrisa se extendió sobre los labios de Joaquín. —**Hola**— dijo.

Un balón salió rodando por entre una de las filas de los casilleros y llegó hasta sus pies. Levantó una ceja y se agachó a recoger la pelota blanca y negra.

—**Ok**—, dijo. —**Puedo jugar un rato después del entreno.**

Las risas se hicieron más fuertes. Joaquín sonrió y salió hacia la cancha. Había pasado de no pertenecer a ningún equipo a ser considerado miembro de dos, eso le dejó claro que el partido nunca termina. ●